XXIII.

Por qué fué Alejandra á Mexicalzingo.

CACOMIXTLE volvió á la casa de Caralmuro en busca de él y de D. Plácido; pero la casa estaba sola y entregada al dominio de los criados. El muchacho procuró averiguar con el portero lo que pasaba, y solo sacó en limpio que D. Juan estaba preso y sin esperanza de salir, y que D. Plácido habia sido llevado al hospital, en calidad tambien de preso.

Por el pronto se habia perdido toda esperanza: regresó, pues, al meson en busca de sus protejidas, para deliberar con ellas el partido que debia tomarse.

Caminaba pensativo, cuando alcanzó á ver á D. Celso que traia el mismo camino; y el chico, para evitar el encuentro, no tuvo mas que meterse en una zapateria que estaba cerca.

—¿Qué hay? dijo el zapatero.

—¿Tendrá usted unos zapatones de á dos pesos que me vengan bien?

El zapatero sacó unos de la medida de los piés del Cacomixtle. A este tiempo D. Celso pasaba frente á la puerta, pero no volvió siquiera la cara.

—Están muy buenos estos zapatos, dijo el muchacho poniendolos sobre el mostrador y parandose en la puerta para ver á Valdespino: de veras están buenos; la lástima es que no tengo los dos pesos.

—¿Pues cuánto das por ellos?

—Nada; si no quiero comprar, solo era curiosidad.

Cuando el indignado mercader saltaba el mostrador para castigar la burla del muchacho, iba éste ya muy lejos.

Margarita y Alejandra le esperaban con ansia, pero el rostro del Cacomixtle les reveló lo que pasaba.

—¿Malas noticias? preguntó Margarita.

—Malas, contestó el Cacomixtle: D. Juan está preso, D. Plácido lo mismo, la casa está sola, no hay ni con quien tratar.

—¿Pues qué hacemos?

—En eso venia yo pensando; y lo peor es que ya van dos veces que me encuentro á ese malo de D. Celso, y esto no me ha gustado; porque un dia me coje: ¿y entonces qué harán ustedes?

—¡Qué situacion! decia Alejandra.

—Y el sitio sigue, dijo Cacomixtle, y ni con cien pesos se pasa el dia: ese dinero se les acaba en un decir Jesus, y quedamos como antes.

—¿Pero por qué está preso mi padre?

—¿Qué sé yo? ¿cómo me habia de decir el portero? Apenas me contestaba; lo único que pude averiguar fué que no habia esperanzas de que saliera, á lo menos mientras dure el sitio.

—¡Dios mio! ¿qué harémos? decia Alejandra.

—Yo creo, dijo el muchacho, que el único recurso que nos queda, es salirnos de México.

—¿Y cómo?

—Muy bien: la gente se está saliendo toda por la Viga, y dicen por ahi que no les hacen nada, ni hay riesgo. Con el dinero que tienen, podemos vivir algunos dias, hasta encontrar á nuestros conocidos: y en todo caso, allí nadie se muere de hambre; aunque sea de limosna, yo las mantendré, no hay cuidado.

Margarita atrajo al Cacomixtle, y le abrazó conmovida.

—Porque aquí, continuó, tenemos ademas de todo, el riesgo de que nos llegue á descubrir D. Celso; él es muy astuto, y yo ando por todas partes, y me vé en cualquier descuido, y dá con ustedes, y Dios sabe lo que resultará: con que creo que lo mejor es irnos.

—Pero entretanto, mi padre..... D. Plácido.....

—¡Que! al fin mientras dura el sitio, no han de poder hablarles: ya sabemos donde viven, y acabando esto entraremos luego, luego, y derechos á la casa: no se han de mudar tan pronto.

—Tienes razon—dijo Margarita—nos saldremos.

—Entonces mañana mismo á la madrugada: atravesamos las calles al amanecer, que asi será mas dificil dar con D. Celso, y al salir el sol, fuera. Ahora voy á ver con mucho cuidado lo que compro para comer ahora y á la noche, para no tener necesidad de salir á la calle, para mayor seguridad; y mañana á esta hora estarémos en puerto de salvacion.

—Pues anda—dijo Alejandra,—y entregó dos pesos al muchacho para la compra de provisiones.

En todo aquel dia no salió ya Cacomixtle de la casa: en el mismo meson compró dos rebozos y dos sombreros de petate para el viaje, y se acostó temprano para poder madrugar.

Amaneció; y pagado el gasto del meson, el muchacho y las dos mugeres se lanzaron á la calle; habia muy poca gente; soldados y oficiales eran lo único que encontraron, casi hasta llegar á la Viga.

En la garita habia ya bastante gente de todas clases, esperando el momento en que se permitia salir. Los soldados que cuidaban del punto conversaban en derredor de las hogueras que les habian servido en la noche y que no eran ya si no montones de carbon y ceniza de donde se escapaban tenues columnas de humo.

A medida que se aumentaba el concurso, crecia la impaciencia y comenzaban las murmuraciónes: por fin un ayudante llegó con la órden de permitir la salida, y aquella multitud se puso en movimiento.

Todos los que tenian oportunidad de hacerlo, entraban en las canoas para ir por el canal, y los que no podian ó por su pobreza ó por no encontrar ya lugar, caminaban á pié, por una angosta calzadita que iba por toda la márgen hasta llegar á Mexicalzingo.

El número de familias que iban á pié, era extraordinario, y todos llevaban por precaucion una bandera blanca en la mano, lo que daba á aquella marcha el caracter y la apariencia de un victor: algunos pobres enarbolaban un harapo de dudoso color que servia entonces, no solo como el anuncio de sus pacificas intenciones, sino como el padron de su miseria.

Causaba compasion verdaderamente ver á tantos desgraciados, cargando á sus hijitos, llevando á sus enfermos, y huyendo del hambre, pero todos pálidos y estenuados á un grado tal que hubo desgraciados que al llegar á Mexicalzingo, quedaron muertos al tomar el primer alimento.

Los soldados rasos del ejército republicano, se desprendian voluntariamente de su escaso haber y de su pobre rancho para socorrer á estas familias miserables. Y la gran casa cural de Mexicalzingo y la iglesia, eran un verdadero hospicio en donde multitud de infelices encontraban abrigo y recibian de los

gefes que mandaban aquella linea, el alimento para sus familias.

Al salir de la garita, observó Cacomixtle que muchos soldados imperialistas con sus oficiales, se mezclaban entre los grupos de la gente que salia, y ocultandose entre ella, se avanzaban sobre la línea de los republicanos. Conoció que se trataba, sino de una sorpresa en forma, sí al menos de una de aquellas travesuras tan comunes en los sitios, y asi se lo advirtió á Margarita y á Alejandra. Los pobres caminantes iban á pasar un riesgo mortal; pero ¿qué remedio? resignarse.

En efecto, comenzaban á descubrirse ya las avanzadas que estaban en el pueblo de Santa Anita; y los liberales acostumdos á aquella estratagema, observaron lo que pasaba, y se rompió el fuego.

Las pobres gentes pacíficas se tendieron en el suelo durante el tiroteo que seria como de media hora, y cuando los imperiales se retiraron, volvieron á emprender su marcha.

Margarita y su hija llegaron á Mexicalzingo al pardear la tarde; y cerca del puente en donde desembarcaban los que venian por el canal, vieron á dos mugeres que lavaban.

Alejandra las conoció primero, eran Tula y Anita: ellas por su parte, reconocieron á sus amigas; y despues de la escena de los abrazos, las condujeron á su alojamiento, que como hemos visto, era el mismo de la familia Murillo.

Anita informó á Alejandra que Jorge estaba allí, y que no tardaria en llegar á la casa, porque habia ido á pasear con la hermana de Murillo. Alejandra se puso á esperarle.

Hé aqui porqué, al volver Jorge con Elena, encontró á su novia quizá cuando él menos la esperaba.

Hé aqui porqué vinieron á reunirse bajo el mismo techo las dos deidades que se disputaban sin saberlo el culto de Jorge.

Pero las mugeres tienen en sus amores un espíritu de profecia; y asi como Elena comprendió en Alejandra una rival, asi

Alejandra, aunque sin decir nada á Jorge, sintió en el corazon el veneno de los zelos.

Los hombres necesitan, para conocer á sus rivales, mirarlos; las mugeres no, adivinan decididamente; y aunque no venga al caso, es preciso confesar que el hombre y la muger son razas distintas, y que para conocer el corazon de las mugeres, es fuerza haber sido alguna vez muger, y creer en la transmigracion de las almas, ó no meterse á tratar del sexo bello.

XXIV.

El nido materno.

MONDRAGON recibió la carta de Leonor en la que le anunciaba la nueva desgracia de D. Plácido; y la situacion en que debia encontrarse la jóven, le impresionó vivamente.

Apesar de todo lo que habia ocurrido, Mondragon conservaba un cariño y una ternura extraordinarias á su edad. El mismo se admiraba de aquellos sentimientos, y la inocencia de la jóven, con lo poco que habia sabido, le parecia fuera de duda: asi es que en cuanto recibió la carta, se dirijió á la casa de Caralmuro.

Reinaba alli la mayor afliccion: Leonor que se veia sin derechos ningunos en aquella casa, nada se atrevia á disponer. Quizá, pensaba ella, se podria creer que se aprovechaba de la ausencia de D. Plácido y de Caralmuro, para mandar.

—Señorita—le dijo Mondragon—he sabido por la carta de usted lo que ha pasado, y vengo á ver en que puedo serle útil.

—Es usted mi único amparo—contestó Leonor—¿Qué hago? Yo no puedo permanecer sola, porque despues de lo que usted sabe que se ha descubierto ¿qué confianza puedo tener en Doña Salvadora?

—Efectivamente, usted no puede estar tranquila faltando Caralmuro. En esta casa sola y á merced de los criados, cuando ya tal vez ellos tienen sospechas de que usted no es la hija de D. Juan, cuando menos, tiene usted el peligro de que no la obedezcan, ó de que alguno de ellos le falte al respeto.

—Quizá eso seria lo menos; pero ¿quién me garantiza de que las mismas personas que quisieron hacerme su instrumento para engañar al señor D. Juan, no pretendan arrebatarme de aqui si me ven sola, bien para tenerme siempre en su poder, ó bien para impedir que se descubra su crímen? La verdad es que yo tengo mucho miedo.

—Y tiene usted razon. ¿Quiere usted que yo me venga á vivia á esta casa, mientras dura la ausencia de Caralmuro?

—Muchas gracias, pero creo yo no tener aqui derecho alguno: si yo fuera la hija de D. Juan, admitiria la proposicion de usted porque nada de violento tendria que un amigo suyo viniera á acompañar á su hija en su aislamiento; pero desgraciadamente no lo soy y no sé si él veria con buenos ojos que usted se viniera á vivir aqui, no por usted á quien quiere como un hermano, ni por mi á quien mira casi como hija, sino por el antecedente de haberme usted pedido en matrimonio: estas son cosas muy delicadas para disponerlas en casa agena.

—Creo que piensa usted acertadamente.

—Si fuera posible que me recibieran, mientras, en un convento.....

—Es muy dificil en estos momentos; pero me parece que me ocurre un plan que salva todos esos inconvenientes.

—¿Cual és?

—Que usted se vaya á vivir á mi casa. Allá vive tambien

Doña Estefanía, la madre de mi primera muger: es una señora amable y virtuosa, que le hará á usted compañia; y aun hay más: si en algo se resiente la delicadeza de usted, yo me vendré á vivir aquí mientras usted viva en mi casa: usted queda bien acompañada; y la sociedad nada podrá decir de usted.

—Acepto, señor D. Felipe, acepto, porque estoy aqui sola tan acobardada y tan intranquila, que no podria vivir. Porsupuesto se irá conmigo Doña Salvadora.

—Si usted quiere.....

—Será bueno, porque aun no hay motivo para despedirla, y es necesario conservarla aún para descubrir muchas cosas importantes.

—¿Cuándo nos iremos?

—Cuando usted lo disponga.

—Pues ahora mismo: llame usted á Doña Solvadora. Creo que por esta noche, no necesitará usted llevar nada y mañana puede usted enviarla á ella para que le lleve lo que le haga falta.

—Me parece bien.

Leonor llamó á Doña Salvadora, se puso un abrigo, y salió á la calle, asida al brazo de Mondragon.

Cuando llegaron á la casa eran ya las ocho de la noche, y Doña Estefanía se admiró al ver llegar á Mondragon con una señora á esas horas; pero él la impuso de todo, y comenzó á preparar la habitacion de Leonor.

—En efecto—pensaba Doña Estefanía—esta muchacha se parece mucho á Matilde. Ya Mondragon me lo habia dicho, pero como todos los viudos que piensan volverse á casar, comienzan por encontrar parecidas á su primera muger á cuantas muchachas les gustan, yo me figuré que seria una cosa asi; pero se parece hasta en el cuerpo, en los ojos, en todo, en fin. Mientras esté aquí, dormirá en la cama de Matilde: ya si se casan, Mondragon sabrá lo que dispone.

Por una de esas casualidades, que no son raras como parece en la vida, Leonor entraba en la casa de su padre, no solo sin ser reconocida, sino como su futura muger, y dormia aquella noche en la misma cama en que habia nacido.

Todo lo preparó tan bien Doña Estefanía, que Leonor no tuvo que extrañar en la mudanza, y la vieja Salvadora se encontró igualmente con una habitacion lista y á su disposicion.

Mondragon insistió en irse á la casa de Caralmuro, pero Leonor no lo consintió, porque creia que era demasiada molestia para él, y ademas el respeto de Doña Estefanía bastaba para evitar cualquiera hablilla.

Por esto el Cacomixtle encontró sola la casa de D. Juan.

Al dia siguiente, Mondragon salió muy temprano con el objeto de ver al general Márquez y conseguir una órden de libertad siquiera para D. Plácido.

Leonor salió muy tarde de la recámara. Pasaban en su vida acontecimientos tan extraordinarios, que no habia podido dormir en la mayor parte de la noche.

Al salir de su recámara, fué cuando pudo notar el aire de tristeza que reinaba en aquella casa: las piezas todas, fuera de la que ella ocupaba en la noche, y una sala en donde Mondragon recibia á los amigos, estaban cerradas, y aun en la que ella habia dormido, se sentia una especie de olor á humedad, como el que hay en las habitaciones que están cerradas constantemente.

Doña Estefania la esperaba para desayunarse: Leonor apesar de su prudencia, no pudo dominar su curiosidad ni de dirijir á Doña Estefanía algunas preguntas.

—Señora—le dijo—se conoce que siempre tiene usted cerrada su casa.

—Siempre, señorita, siempre: como no somos mas que dos personas, Mondragon y yo, y nunca tenemos visitas, la casa como usted la vé, está asi hace mas de catorce años: solo se abre

para barrer, y para que se ventilen un poco las piezas, y luego vuelvo á cerrar; y asi será hasta que haya algun cambio que creo que será muy pronto; porque segun sé, Mondragon tendrá muy pronto la dicha de ser el esposo de usted.

—Probablemente.

—¿Cómo probablemente? ¡Pues qué! ¿no es una cosa resuelta? Como él ha mandado ya hacer el ajuar nuevo, y se dispone todo.....

—Sí, pero usted ve cuantas cosas acontecen diariamente, y mas en estos tiempos, que nada puede uno asegurar.

—En efecto; pero respecto á este matrimonio lo mas probable es que se verifique.....

—¿Cuántos años lleva de viudo el Señor Mondragon?

—Unos catorce.

—¿Y de qué murió su señora?

Doña Estefanía se sintió atacada por el flanco débil, y titubeó; pero respondió al fin:

—De pulmonia.

—¿Y no tuvo ningun niño?

—Sí, tuvo dos.

—¿Y viven?

—Se murieron.

—¡Pobrecitos! ¿y muy chiquillos?

—Sí señorita.

La cuestion se iba comprometiendo: y Doña Estefanía conocia á donde podia ir á parar, y no estaba al tanto de lo que convendria á Mondragon que se dijese en aquellas circunstancias: asi es que nesecitaba cortar á toda costa la conversacion.

Afortunadamente para casos semejantes todas las mugeres tienen siempre á mano el espediente de las lágrimas: el recuerdo de su hija y de sus nietecitos era muy natural que la hicieran llorar, y asi sucedió.

—Válgame Dios, señora—dijo Leonor conmovida tambien—

¡qué imprudente soy! Ya hice llorar á usted con esos recuerdos. Perdoneme usted, y no hablemos ya mas de eso: yo le prometo que no será esto entre nosotros motivo de conversacion. Divágüese usted, y cuénteme ¿qué tales trabajos ha pasado usted en el sitio?

—La verdad no muchos, por que yo me previne con tiempo, y aun tengo gran cantidad de víveres; pero despues de lo que les pasó á ustedes; tengo ya mucho miedo de que lo vayan á saber.

—No tenga usted cuidado: lo que pasó en nuestra casa, creo que fué obra de algun enemigo de D. Juan, porque no habia allí tantos víveres.

Una criada entró á avisar á Doña Estefania que la buscaba una persona: le contestó que la introdujese, y Feliciana se presentó.

Venia con las instrucciones de la "Guacha" á preguntar á Doña Estefanía por los padres de Ines.

—Tengo que hablar con usted un negocio muy reservado—dijo Feliciana.

—Pues vamos por allá dentro—contestó Doña Estefanía.—Dispénseme usted, señorita, que la deje sola un momento.

—Vaya usted—dijo Leonor—Y Doña Estefanía y Feliciana se entraron á una recámara.

—Una hora duró aquella conferencia que nosotros ya sabemos á qué se redujo. Feliciana salió, y poco despues Doña Estefanía se encaminaba á la casa de D. Celso, en donde hemos presenciado lo que pasó.